

LA

ASCENDENCIA MILITAR

DE LA PRUSIA.*

“La paz, ese precioso don del Omnipotente, despierta el gozo y el regocijo del Universo conmovido. Por mi parte, no siendo ya, sino un pobre anciano, pareceme volver á una opulenta ciudad, de la cual solo existen los muros arruinados; en donde en vano trato de encontrar los amigos de otro tiempo; en donde me esperan penas inmensurables y, en donde, en fin, pronto mis restos irán á reposar, allí, á donde terminan las inquietudes, las guerras, los engaños artificiosos de la vida.” Así se expresaba melan-

* 1. Prussen als Militärstaat; eine historische Skizze: Vienna, 1866.

2. Der einjährige Freiwillige in Preussischen Heere: Berlin, 1862.

3. Allerhöchste Verordnungen über die grösseren Truppenübungen: Berlin, 1861.

4. A Military Memorial by the Prince Frederick Charles, translated from the German, London, 1866.

5. Military correspondence of the “Times” during the late campaign, London, 1866.

cólico hace mas de un siglo un rey filósofo, fatigado con el fausto del poder, el brillo de la victoria y las grandezas de la tierra; y si estas sábias reflexiones fluían á menudo en la mente del discreto y advertido soberano de Israel, pues justo es dar á su autor el derecho de la originalidad, razon hay para admitir que Federico el Grande tuvo tantos motivos, como cualquiera otro, para sentirse abrumado de cansancio al terminar la guerra de los Siete Años, en la que sus fatigas fueron tan arduas, como grandes é incesantes los sufrimientos de su país.

Los poderes congregados de media Europa no fueron suficientes para desmembrar ni la mas mínima parte de su dominio, ni disminuir un ápice sus derechos, bien que el reino tuviera que pagar bien caro su inquebrantable resolucion. "*La nobleza, dice Federico, se halla en el último grado del extenuamiento; los pobres arruinados del todo, quemadas las poblaciones y muchas ciudades destruidas. . . . La Prusia presenta el espectáculo de un guerrero cubierto de heridas, debilitado por una considerable pérdida de sangre y próximo á sucumbir por el exceso de sus sufrimientos.*" Y sin embargo, el valeroso caudillo no permitió que el país tomara ni un respiro en medio de tan penosa situacion, ántes de llenar del todo los deberes de la guerra y consumir los grandes fines que la habian motivado. Exhaustos y casi agotados los enemigos de la Prusia, coaligados con la mira de reducir sus límites al antiguo Marquesado que ella habia ensanchado considerablemente, y no pudiendo contrarestar la valerosa resistencia de las huestes de Federico, abandonaron uno á uno el ensangrentado campo de

la obstinada lucha. La implacable reina y emperatriz, que habia tomado una parte principal en la contienda, determinada no solo á recobrar la provincia de Silesia, de la cual se habia apoderado Federico por sorpresa en la época de la postracion del Austria, sino tambien á castigar á este caudillo por su resuelta negativa á la devolucion, fué la última en renunciar, con visible repugnancia, á la imposible continuacion de la contienda, cediendo la victoria al extenuado, pero no vencido reino prusiano. La Prusia comenzó desde entónces á figurar como la igual y declarada rival del Austria; y desde entónces tambien quedó establecida esa extraordinaria subdivision en el gobierno de Alemania, que tan poderosamente ha influido durante el último siglo en los destinos del Continente, terminando con el derribo de la casa reinante que habia predominado durante seiscientos años, despues de una lucha colosal, cuyas dimensiones solo pueden compararse con la de la Europa armada para arrojar á Napoleon.

La astuta política de Federico el Grande para apoderarse de la Silesia por el fraude ó la fuerza, no fué una novedad ni tuvo nada de original en la historia de su país, cuyo prodigioso acrecentamiento, del rango de un diminuto estado del imperio, al grandioso é independiente reino que legó á su sucesor, se deriva en su mayor parte del antiguo y tradicional derecho de conquista. Eso remonta á la época del Elector de Brandenburg, á principios del siglo XVII, que encontró aumentados sus dominios hereditarios con la incorporacion del ducado de Prusia, territorio sin importancia bajo el punto de vista europeo; pero, la obra á la

que dió origen el tratado de Nicolsburg, que le deparó un éxito definitivo, no ha venido á consumarse, sino con el lento trascurso de doscientos cincuenta años. Varios historiadores favorecen la teoría de que la fuerza del carácter individual afecta muy poco el progreso y la decadencia de los imperios. Las revoluciones pueden muy bien producirse por un conjunto de circunstancias independientes de los hombres que toman en ellas la parte principal; pero si esto es cierto, no lo es ménos que los propósitos ó las tendencias de una familia persistente, legados de padres á hijos en una casa reinante durante siglos de soberanía absoluta, pueden tambien regular la marcha de un estado influyendo en sus destinos y en los de sus vecinos. ¿Por qué el pueblo de la Alemania del Norte hace tiempo fijó sus miradas hácia la Prusia, como un poder protector, á cuya sombra podia libertarse de los amagos revolucionarios del interior y de la invasion del exterior? Esta tierra que, cuando gobernada al principio por los Hohenzollern, era mas bien un país esclavizado por una colonia de colonos teutones, que un reino aleman, ¿por qué gradualmente ha venido á ser el punto de apoyo de los aspirantes á la unidad nacional? Porque con la inalterable propension de los soberanos de Prusia desde el tiempo del gran elector, para ensanchar los límites de su dominio, y con su diligente conato de mejorar la condicion y el bien estar material de sus súbditos, se pronosticó la reconstruccion de un reino que seria tanto mas grande cuánto mayor fuese la extension abrazada por las simientes productoras del acrecentamiento, que los elementos disolventes del imperio habian ántes arruinado.

La guerra de treinta años y sus calamidades consiguientes, habian dado ciertamente, á costa de terribles sacrificios, la libertad de las opiniones religiosas; pero los estados mas pequeños del imperio se debilitaron tanto á causa de una contienda tan prolongada, que sus tierras se ofrecieron como una presa abandonada á la invasion extranjera, ó á las frecuentes disensiones civiles que surgieron de las guerras de sucesion. Los ejércitos franceses, autorizados por decretos reales, asolaban el Palatinado; los generales ingleses mantenian sus levass mercenarias con las cosechas de los fértiles valles de Baviera; el Austria habia convertido el Oeste del imperio en un constante campo de batalla, miéntras los príncipes nominales, que no ejercian ningun poder real en sus diminutos estados, no podian ni salvar á sus súbditos por medio de la neutralidad, ni incorporarse con sus débiles contingentes á los ejércitos que combatian.

En los dolorosos sufrimientos de aquellos dias, y en los que con mas rigor se dejaron sentir sobre los pequeños principados en la era de Napoleon, se descubren las raices de ese constante deseo en favor de una nacionalidad mas sólida y del respeto hácia la Prusia que, de un modo ú otro, ha sido considerada como la natural representacion de la idea siempre germinante en la mente del pueblo aleman.

El gran elector Federico Guillermo, es sin duda el verdadero fundador de la actual grandeza de sus sucesores. Bajo su despótico, pero hábil reinado (1640 á 1688) toda la potencia de Brandenburg y Prusia, formando un solo poder aumentado por el tratado de

Westfalia, fué empleada en hacer reconocer y afirmar la independencia del ántes ducado de Prusia, que en otro tiempo se mantuvo separado como un feudo de Polonia. Al buen éxito obtenido por este primer paso siguieron las demandas perentorias para la posesion de Juliers, Cléves y Berg, diestramente urgidas y apoyadas sin escrúpulo por el sable; y de este modo los dominios legados á sus hijos se extendian desde el Oder hasta el Rhin. La Baja Pomerania habia sido ya comprendida en las adiciones ganadas en el gran arreglo europeo mencionado ántes; y Federico Guillermo se aprovechó del acceso obtenido en el Báltico, para fundar la marina que los hombres de estado prusianos consideraron como una necesidad imperiosa, á fin de obtener un puesto entre los grandes poderes europeos. La misma política, mas bien que un sentimiento de simpatía por el Austria, ó de odio contra los turcos, influyó en el envío de un contingente en auxilio de Viena, cuando esta capital en 1683 fué amenazada por el Sultan.

Bajo su sucesor, abuelo de Federico el Grande y primer rey, el país, aunque gobernado bajo principios despóticos en que no habia otra ley que la voluntad del soberano, disfrutaba no obstante un cierto grado de libertad municipal, que favorecia el desarrollo del vigoroso elemento aleman y debia borrar del todo la huella del reinado eslavo. Sus tropas, en constante fatiga y aliadas al Austria, tomaron una gran parte en las guerras contra los turcos y los franceses, obteniendo como recompensa varios pequeños principados y comprando otros ligados á sus extensos, aunque dise-

minados dominios. Los recursos legados á su hijo en 1713, cuando las adquisiciones territoriales habian por lo ménos suspendídose hacia tiempo, se aumentaron considerablemente con economías que el nuevo rey, mas que ningun otro de esta familia militar, supo introducir en el personal de sus regimientos, y los tesoros acumulados para las atenciones de la guerra diferida en esos dias, aunque su principal ocupacion consistia en prepararla. Excepto su singular pasion por las estatueras elevadas, para llenar sus batallones, Federico Guillermo fué, en todo lo demás, económico hasta la frugalidad, pues sin violentar ni abrumar con exacciones á sus cinco millones de súbditos, cuando murió pudo legar á su hijo, el gran Federico, el mas eficiente ejército de Europa, y con él la tentacion y el instrumento para continuar la política tradicional de la familia. El no tuvo las oportunidades de su padre, el primer Federico, de ejercitar en pequeñas conquistas sus gigantescos batallones; pero ese provecho, en cambio, habria sido al reino de menor importancia comparado con los efectos de su organizacion militar, en la cual se descubre la huella del origen de su actual y formidable sistema de alistamiento.

En 1733, siete dias ántes de su muerte, todo el territorio fué subdividido en cantones militares, á cada uno de los cuales se detalló la formacion de un regimiento, con la obligacion de cubrir la dotacion personal con individuos de la misma localidad, imponiéndose al mismo tiempo á todos los súbditos, sin excepcion de rango ni clase, la obligacion del servicio militar en los casos en que al efecto fuesen requeridos. Con este sis-

tema de reemplazos para cubrir las bajas de la guerra, y con un ejército tan espléndidamente equipado y disciplinado, como ningún otro de su tiempo, su hijo (reconocido entonces como Federico II) hizo su aparición en el campo de la política europea. Excediendo á los dos soberanos sus antecesores, tanto en extensión de miras, como en habilidad para llevarlas á ejecución, ninguna adquisición raquítica, como la de Neufchatel ó Jecklenburg incorporados no hacia mucho al servicio de la corona, hubiera bastado á satisfacer al nuevo rey, cuya ambición encontró un campo extenso en los tempestuosos tiempos que le vieron llegar al trono. El mismo año de su advenimiento ocurrió la muerte del último descendiente directo de la rama masculina de la línea de Hapsburg, suceso que causó una profunda sensación en Alemania; y Austria misma, ya debilitada por las prolongadas contiendas contra las usurpaciones del gran monarca, y con los derechos de su joven reina combatidos en todas direcciones, pareció presentarse como una víctima pronta al sacrificio. Que Federico creyera de buena fé en la justicia de sus pretendidos derechos sobre la Silesia, equivaldría á poner en duda la evidencia de su claro entendimiento; mejor es repetir lo que á este respecto ha dicho su lisonjero panegirista: "que tuvo el talento de comprender lo que le convenia y la suficiente determinación para conseguirlo."

La fortuna que guió los primeros pasos del joven general y rey excitó sus ambiciones, y una vez confirmada la posesión de la Silesia por un tratado, se decidió á prolongar los límites de su reino mas allá

de la recién ganada montaña fronteriza, penetrando en la parte Norte de Bohemia, en donde las armas de su sucesor obtuvieron mas tarde señalados triunfos. El mismo Carlyle, pasando en silencio este pasaje, se ha abstenido de justificar la codicia que bajo frívolos pretextos sirvió de estímulo para llevar la invasión á la envidiada tierra, á la sazón que el Austria se hallaba formalmente empeñada en la campaña renana contra los franceses en 1744; pero, en esta vez, sin embargo, sus elementos de fuerza resultaron inferiores al tamaño de la empresa. El rey se vió obligado á retroceder y evacuar la Bohemia, ante la enérgica actitud de Dann y el príncipe Carlos de Lorena; y aunque las tácticas superiores de Johr y Hohenfriedberg se prestaban con ventaja al diestro manejo de un ejército habituado á moverse con maquina regularidad, su caudillo se felicitó de salir del mal paso en que se encontraba por medio de un acomodamiento razonable, en virtud del cual renunciaba á la ambiciosa pretensión de ensanchar el territorio prusiano, con la esperanza, no obstante, de mejores y futuras oportunidades. A este efecto los diez años subsecuentes fueron empleados con afán en la consolidación de las dispersas adquisiciones comprendidas en sus dominios, y en constantes preparativos para efectuar mas tarde, con la probabilidad del triunfo, los diversos planes preconcebidos con la idea de engrandecer su dinastía.

Cualesquiera que hayan sido las causas ostensibles de la guerra de siete años, la verdadera no pudo ser otra que la determinación del Austria á contener á toda costa y por medio de las armas la formi-

dable ascendencia de su rival en el dominio de la Alemania, y su preponderancia ganada á expensas de ella en su mayor parte. La moralidad de los enemigos de Federico en esta parte, preciso es confesarlo, reconocia un principio de equidad que en vano á la sazón podria hallarse en sus desmesuradas pretensiones; pero en la bizarría de su defensa contra la coalicion formada con la mira de arruinar la naciente y próspera soberanía, la historia tiene la libertad de olvidar ó condenar los dudosos medios que habian cimentado y elevado su poder, originando la implacable hostilidad de la Emperatriz y reina. Varios y diversos fueron los cambios de fortuna que sobrevinieron.

“Durante seis años, escribia él mismo en 1792, los hechos de la guerra favorecieron alternativamente á unos y otros.” Las glorias de Rosbach, Praga y Leuthen se eclipsaron con los desastres de Kollin, Hochkirch y Runersdorf. Algunas veces el mismo Federico pareció desesperar del desenlace, previendo como irremediable su muerte y la de su reino. Sin embargo, su presencia de espíritu como general, y su aptitud militar como táctico, le mantuvieron siempre á la prodigiosa altura de los mas eminentes riesgos, despues de la derrota y en medio de azarasas circunstancias. Estas elevadas dotes, la excelente condicion disciplinaria de sus tropas, un escogido y brillante cuerpo de oficiales con un ejército sin rival en el mundo y, permítasenos añadir haciendo justicia á la Inglaterra, la cooperacion moral y material con que contribuyó su departamento de la guerra, influyeron

poderosamente en salvar al combatido reino de la destruccion que tan á menudo, durante la tremenda lucha, pareció inevitable. Lo que la Prusia sufrió en el curso de ella, puede muy bien congeturarse por las frases que hemos citado en la primera página de este libro tomándolas de la propia correspondencia del rey, demasiado superior y verídico para separarse de la realidad ó exagerarla; y sin embargo, hasta entónces los destinos de su país eran tan inciertos, cuánto que ha sido necesaria la constante prosecucion de las miras dinásticas, por tres generaciones sucesivas, para llegar en fin á la realizacion. El principado sacado de su oscuridad por el gran elector, erigido en reino por su hijo, debia en adelante mantener una posicion sólida en el grupo de los grandes poderes europeos, y la admitida rival del Austria, reconocida como el centro y direccion de la Alemania. Despues de la gran contienda, en que bizarramente defendió y sostuvo su independencia, disfrutó bajo los beneficios de la paz un prolongado descanso, que Federico supo aprovechar con singular destreza, pues á la vez que reparaba las ruinas causadas por la guerra, cuyas profundas huellas marcadas en todas partes era necesario borrar por medio de un rápido progreso en la vía de las mejoras materiales é intelectuales, afirmaba la independiente posicion del reino, llenando en el ejército los anchos claros abiertos en la recién terminada lucha. Las fuerzas activas que mantuvo bajo un admirable pié de regimentacion y legó á su sucesor, fueron poco ménos numerosas que las que con anterioridad, y contando la Prusia con triples recursos, existian ántes de la guerra

que acababa de pasar. Se comprenden mejor las proporciones de esta carga impuesta á la poblacion, observando que el tres por ciento de ella, que en el reinado de Federico formaba el contingente en servicio actual, completa bajo el presente sistema el todo del ejército en pié de paz, sus adiciones para la campaña, la landwehr ó primera reserva y la mayor parte de la segunda que raramente es llamada á las armas.

No necesitamos difundirnos en cuánto á la parte que tocó á Federico en la reparticion de la Polonia. El número y la eficiencia de sus batallones, á la vez que su alta reputacion como general, hicieron indispensable su cooperacion al principal autor de este acto injustificable de expoliacion contra el infortunado reino, procurando á la Prusia el aumento considerable de dos vastas provincias. El rey se deleitaba, entretanto, en el poder siempre creciente de sus elementos de fuerza material, á cuyo aumento consagraba sus preferentes atenciones, manteniendo en un respetable pié y á despecho de sus vecinos el aparato de sus armamentos á los que, hasta cierto punto, las recientes adquisiciones territoriales asignaban un motivo justificado, teniendo que guardar y custodiar sus fronteras en la prevision de emergencias posibles con la Rusia ó de una insurreccion polaca.

En la extension de sus límites hácia el Este, Federico jamás renunció á sus antiguos propósitos de predominar con su influencia en los destinos de la Alemania, humillando á su rival, el Austria. Los puntos cardinales de su política desde el tiempo en que ante el mundo obligó á esta potencia á cederle la

Silesia, fueron constantemente impedir el ensanche de sus fronteras y de su autoridad fuera de un círculo limitado que la reducía á la nulidad; y cuando años mas tarde tomó las armas por la cuarta vez, encontró oportunidad no solo para sostener estos principios, sino para constituirse en protector de los Estados pequeños, amenazados por el hijo de Maria Teresa en la disputa de la sucesion bávara.

La muerte del elector Maximiliano José, en 1777, sin herederos directos, produjo una tal complicacion de pretensiones en varias partes de este dominio, como raras veces se ha visto en Alemania. Al principio se reconoció al elector palatino como sucesor legítimo; pero su legitimidad fué disputada por la Sajonia, Mecklenburg, ciertos príncipes oscuros y, en fin, por el Austria, cuyo emperador, emparentado colateralmente con el difunto soberano (é instigado por su madre ó su famoso ministro Kaunitz) se dispuso á hacer valederos sus títulos por medio de la fuerza. Federico, ya por poca voluntad, provenida mas bien de sus achaques físicos, ó por repugnancia á una nueva guerra, ó por aparentar, en fin, un espíritu conciliador, prefirió adoptar la vía pacífica de las negociaciones amigables; pero no por eso descuidó de prepararse, en la prevision de hostilidades próximas á que podria dar lugar la obstinacion del Austria.

Habia transcurrido ya el verano cuando el estado de las cosas dió á conocer la imposibilidad de un avenimiento. En Julio, Federico, abandonando su aparente actitud pacífica, inició de repente la campaña que el Austria por su parte habia estado anhelando